

Informe Petras

La investigación ocultada por el PSOE que confirma su traición a los trabajadores españoles

IDEAS



XXX

Por Víctor Lenore

Se cumplen treinta años del trabajo sociológico más incómodo para la izquierda

Ocurrió a mediados de los años noventa: el sociólogo estadounidense James Petras pasó seis meses en Barcelona con un encargo del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC): estudiar nuestro mercado laboral y convivir con una muestra amplia de trabajadores españoles para ver cómo les habían afectado las políticas laborales de la democracia, dos décadas después de la muerte del dictador Francisco Franco. El resultado es conocido como *Informe Petras: dos generaciones de trabajadores españoles* (1995). Los resultados no dejaban en buen lugar las políticas del PSOE, así que el gobierno decidió meter el texto en un cajón. Por suerte para todos, gracias a una filtración, la revista contracultural *Ajoblanco* tuvo acceso al trabajo un año más tarde y lo publicó en un número especial de gran circulación, constatando que el *felipismo* había abandonado o directamente traicionado a sus bases políticas.

Tras estudiar a fondo las relaciones laborales en España, Petras llegó a conclusiones deprimentes para aquella época, que poco a poco se han convertido en lugares comunes de nuestra actualidad: «La ironía es que los padres esperaban que, con ingresos añadidos, más educación y un ambiente de familia estable, los hijos conseguirían más, alcanzarían un estatus más alto y empleos mejor pagados. En lugar de eso, los hijos de los trabajadores no pueden lograr siquiera el nivel de seguridad e ingresos de sus padres», resumía. Todo comenzó con las medidas desreguladoras del *felipismo*, que no solo hizo a los asalariados más pobres sino también más precarios.

El tono del texto rehuía cualquier tipo de eufemismo: «Los jóvenes trabajadores temporales de hoy no tienen seguridad en el empleo y apenas organizaciones colectivas o apoyo: están atomizados y son vulnerables a los dictados del empresario, que tiene el sostén legal del Estado, el cual apoya sus acciones arbitrarias. Hoy la dictadura del mercado es un enemigo más formidable de los trabajadores temporales que el régimen represivo de Franco», denunciaba el trabajo. Como es fácil imaginar, esto era una verdad incómoda que el PSOE no podía permitir que calase entre sus votantes. Petras no era un académico criado en las élites, sino un hijo de humildes inmigrantes griegos, profesor en distintas universidades y miembro del Tribunal Russell para los Derechos Humanos, fundado por Bertrand Russell y Jean-Paul Sartre. Tampoco podía cuestionarse su enfoque ni su credibilidad alegando que fuese un agente de la malvada derecha.

Más allá de las interpretaciones finales del autor, la fuerza de la investigación está en los datos. Algunos resultaron demoledores: la tasa de desempleo en 1975 era de un 5,9%, mientras que en 1985 se disparó hasta el 21,9%. La gran consigna del PSOE de González fue la misión histórica de poner a España a la altura de Europa. «Mientras en 1974, antes de las políticas sociales de liberalización, el índice de desempleo era más o menos el mismo que en Europa, a mediados de los ochenta se había multiplicado por siete y así doblaba la tasa europea, una tendencia que continuó hasta el final de la década y más allá». Por si fuera poco, España sufrió un intenso proceso de venta por partes al capital extranjero, que fue desposeyendo a la nación del control y los rendimientos de sus sectores más prósperos. «Las relaciones asimétricas caracterizaron también la internacionalización del capital. La práctica común del capital foráneo (europeo, en la mayoría de los casos) fue adquirir empresas españolas, mientras no hubo apenas participación española en compañías extranjeras», destaca Petras. Resumiendo mucho: se «ha fomentado la desnacionalización de la economía y la ascendencia del capital de propiedad extranjera».

El sociólogo heleno-americano explica también las peculiaridades del liberalismo fomentado por el PSOE. «En el contexto español, ‘liberalización’ no significa ‘desregulación’ o ausencia de ‘reglas’ que gobiernen la economía, ni significa tampoco la eliminación de la intervención estatal. Lo que implica más bien es un cambio en las reglamentaciones, que facilita la expansión del capital extranjero, el crecimiento de los servicios y mayores prerrogativas del personal directivo en el puesto de trabajo. Paradójicamente, la intervención estatal aumenta; pero cambian tanto la naturaleza de los actores sociales que dirigen el Estado como la dirección de la intervención estatal», señala.

Se combina lo peor del neoliberalismo con lo peor del estatismo, desembocando en una especie de *capitalismo de amiguetes*. «El nuevo régimen regulador amplía el papel del Estado a la hora de financiar, subvencionar y sacar de apuros al capital privado, multinacionales extranjeras incluidas. Bajo el nuevo régimen regulador, el predominio de los servicios y de los actores sociales de orientación internacional reemplaza a los anteriores ‘tecnócratas nacionales’, empresarios y actores sociales con vocación local», escribe. «El nuevo régimen es ‘inclusivo’ por lo que se refiere a multinacionales y banqueros extranjeros y excluyente respecto a trabajadores y productores locales», remata, levantando acta de la traición a los trabajadores españoles.

Pepe Ribas, director de la revista libertaria *Ajoblanco*, me explicó en enero de 2023 los detalles de la salida a la luz del informe: «Petras se lo

contó a la revista [la decisión del gobierno de ocultar el estudio], a Óscar Frontodona, subdirector de la revista. Yo decidí darlo a todo trapo, con imágenes de calidad de los años cincuenta y sesenta. Al final circuló mucho porque una sección de Izquierda Unida lo ciclostiló y tiró casi medio millón de ejemplares, cuando nosotros habíamos vendido como 40 000 copias de la revista. La izquierda tiene que construirse de abajo hacia arriba y en España no ha sido así», denuncia. «Por desgracia, el informe no tuvo gran efecto porque en este país la izquierda nunca ha sido izquierda y la gente se ha decepcionado. La izquierda en España siempre ha sido demasiado autoritaria», opina.

Diego López Garrido, que se incorporó a Izquierda Unida en 1986, también fue el firmante de uno de los prólogos del informe. En esa pieza explica que el estudio recoge un «cambio cultural» del que «una economía integrada en Europa no habría podido sustraerse». Además, hace una predicción acertada: «El informe muestra de forma desgarradora lo difícil que va a ser para la izquierda tejer una base social sin la que no se va a poder construir eso de lo que hoy carece: un proyecto político para el Estado español y para Europa». Garrido terminó abandonando Izquierda Unida para ingresar en el PSOE en el año 2001. La dinámica sociolaboral de la que alertaba Petras no ha hecho sino agravarse en las siguientes tres décadas del bipartidismo, con la aparición primero de los ‘milleuristas’ y después de los llamados ‘trabajadores pobres’, que no pueden pagarse un alquiler a pesar de tener un contrato de trabajo.

Las ochenta páginas del estudio que ahora cumple tres décadas están repletas de testimonios de trabajadores que sufren desprotección a causa de la legislación socialista. Estamos ante el retrato de la primera generación de españoles condenada a vivir peor que sus padres. ¿Algunos ejemplos? «Nadie se preocupa de los demás... el trabajo eventual ha hecho que perdamos el compañerismo»; «Todos los sindicatos son corruptos... la política es engaño»; «No quiero pensar en el futuro»; «Hasta 1980, los trabajadores compartían un punto de vista común, después cambiaron... pasaron a ser más individualistas»; o finalmente «los sindicatos y los partidos políticos han abandonado la educación y organización de los jóvenes», entre otras.

Algunos de los mejores pasajes del informe tienen que ver con descripciones de la brecha generacional, que comenzó a abrirse con la llegada de la democracia y hoy resulta más evidente que nunca. «Para la nueva generación, el empleo es el problema número uno. No hay prácticamente empleos estables, la mayoría son eventuales, sin porvenir y mal pagados, ‘bajo mano’. Es imposible de imaginar el mudarse... Jóvenes adultos con

veintimuchos y treintaypocos acaban viviendo en casa con sus hermanos adolescentes. El empleo eventual crea una gran incertidumbre en lo concerniente a ingresos, al futuro, al presente. El miedo a un despido súbito y a que te sustituyan está siempre presente. Un fuerte sentimiento de ser vulnerable y mal pagado crea inseguridad personal y una falta de autoestima, una reticencia a hablar de lo mal que te pagan, de las muchas horas, de lo 'obediente' que tienes que ser... para conservar un empleo de miseria», lamenta. Petras señala que el enfoque de muchos jóvenes en los placeres de la vida nocturna tiene que ver con esto. «Una serie de relaciones transitorias, construidas en torno al fin de semana, se vuelven la norma», añade.

El trabajo incluye una tormenta de cifras incómodas para el PSOE. La democracia de 1978 partía de una situación de privilegio: en 1975 solamente el 8,1% de los hombres y el 6,3% de las mujeres de entre 20 y 24 años estaban desempleados. Hacia 1985 las cifras eran el 42,2% y el 47,8%, respectivamente. «Cuanto más jóvenes son los grupos de edad, más alto es el paro, lo cual refleja el hecho de que la generación mayor entró en el mercado de trabajo antes de la liberalización. Esto se ve claro si comparamos las diferencias en desempleo entre los grupos de edad antes y después del período de liberalización. En 1975, en el grupo de edad entre 16 y 24 años, el índice de desempleo era del 9%; para aquellos por encima de 24, era del 2,9%, una diferencia de 6 puntos porcentuales. En 1985 la diferencia variaba entre 40 y 30 puntos porcentuales. En términos absolutos, el número de parados aumentó de 150 000 en 1974 a 2 750 000 en 1988», recoge el sociólogo.

El grueso de los parados estaba en los sectores industrial, de la construcción y agrícola, todos ellos duramente golpeados por las políticas de liberalización y la entrada de España en el Mercado Común. «Igualmente desastroso es el hecho de que el número de parados de larga duración (aquellos que están fuera del trabajo durante más de dos años) creció con la prolongación y profundización de las políticas económicas de libre mercado. En 1977, sólo el 15,6% de los parados habían quedado fuera del trabajo dos años o más; hacia 1984 la cifra se elevó hasta el 31,7% y en 1988 casi la mitad de los parados eran de larga duración», destaca sobre el desastre laboral que fueron las políticas felipistas. Los altos índices de desempleo se mantuvieron en los primeros años noventa, hasta la redacción del informe.

La caída en picado de las condiciones de vida de los trabajadores españoles se hacía más visible en el ámbito familiar, cuando abuelos, padres e hijos comentaban en casa sus diferentes realidades laborales. «A lo largo

de los años 70, los aumentos sustanciales de salario fueron la norma. Y al tiempo que aumentaban los sueldos, también lo hacía la solidaridad obrera, reforzada por el creciente movimiento antifranquista fuera de la fábrica. Los barrios se volvieron importantes áreas de organización social de la clase trabajadora. Las luchas para mejorar los equipamientos sanitarios y educativos, por la pavimentación y alumbrado de las calles, llevaron a muchos obreros a llevar su militancia de fábrica a las asociaciones de vecinos y de padres de alumnos», subraya. «Según casi todos los trabajadores, el tardofranquismo y la Transición (aproximadamente de 1974 a 1979) fueron tiempos de una gran participación social, de optimismo en el futuro y del más fuerte sentido de solidaridad social. La mayoría fechan la caída de su activismo social y su desilusión creciente con el proceso político, en el advenimiento del gobierno socialista en 1982. Para otros, la decadencia llegó antes, con los Pactos de la Moncloa, en los que el partido comunista y su sindicato, Comisiones Obreras, aceptaron limitar la política de clase independiente en aras de una subordinación del activismo popular a las campañas electorales», explica Petras.

En otro de los fragmentos se analiza cómo el PSOE ahondó en la degeneración del progresismo, abandonando a los obreros españoles para prestar toda su atención al lumpen social. «¿Dónde están los progresistas? Están activos, pero lo que les interesa es el dos por ciento de 'marginales': los gitanos, los drogodependientes, las prostitutas, los inmigrantes, el acoso sexual, el racismo... cualquier cosa menos el destino de tres millones de españoles desempleados, los jóvenes trabajadores con contratos temporales y los que tratan de vivir del salario mínimo. No quiero ser malinterpretado. Por supuesto que estoy en contra del acoso sexual, la discriminación y el racismo. Pero aquí y ahora, y en la estructura de clases española, la distancia entre los problemas sociales a largo plazo y a gran escala, y las actividades de los progresistas es escandalosa. ¿Por qué eluden su realidad nacional y social?», se pregunta Petras.

No es una interrogación retórica, sino que se atreve a contestar. Primero lo atribuye al aburguesamiento del espacio social del PSOE. «No es peligroso luchar por los derechos legales de las pequeñas minorías: eso no comporta ninguna confrontación con el Estado y menos aún con los empresarios. Pero comprometerse en la lucha por los sub y desempleados implica confrontaciones muy duras y sostenidas con el Estado y los empresarios (y los medios de masas) porque esa lucha gira en torno a la distribución de los principales recursos económicos de la sociedad», denuncia. En segundo lugar, muchos 'progres' ya veían la tremenda rentabilidad que podía tener el negocio de la solidaridad institucionalizada. «Las luchas progresistas por

las minorías (cambios simbólicos y reconocimiento legal) tienen el apoyo financiero de los gobiernos municipales o regionales. Las ONG y organizaciones similares brindan a los progresistas oportunidades económicas, segundos salarios en calidad de investigadores, educadores, asistentes sociales o abogados. Pueden así combinar una ‘buena conciencia’ y la remuneración económica con una palmadita en el hombro de las autoridades locales», señala. En resumidas cuentas, los progresistas de los años ochenta prefirieron centrarse en el asistencialismo bien remunerado antes que en defender al trabajador nacional.

Coincidiendo con el 25 aniversario del informe, en la primavera de 2020, tuve oportunidad de pedirle una valoración con perspectiva histórica al sociólogo de izquierda Jorge Sola: «El interés del trabajo de Petras es indudable, pero no creo que dijera nada demasiado novedoso para 1995, cuando ya se habían producido tres huelgas generales por las políticas de desregulación laboral del gobierno socialista (la de 1988, la de 1994 y la de media jornada de 1992). En 1993, el ensayista Andrés Bilbao publicó el libro *Obreros y ciudadanos*, a mitad de camino entre el ensayo político y la investigación empírica, que decía cosas parecidas. Pero bueno, quizás era necesario que viniera alguien de fuera para poner en entredicho la ‘pirotecnia ideológica’ -expresión del propio Bilbao- que identificaba la modernización democratizadora con la desregulación laboral», señaló Petras.

Para lo que sirvió este trabajo fue para confirmar las sospechas sobre las inercias laborales del felipismo. «Su principal política fue la desregulación de los ‘márgenes’ del mercado laboral, al permitir el uso indiscriminado de la contratación temporal. Aparte de precarizar el mercado de trabajo, esta política era pan para hoy y hambre para mañana: se podía contratar con más facilidad cuando las cosas iban bien, pero también se prescindía con menos problemas de los trabajadores cuando llegaba la crisis. (...) Un resumen magistral lo hizo José Víctor Sevilla, secretario de Estado de Hacienda de 1982 a 1984, cuando dijo que ‘España es un país con malas empresas, pero buenos negocios’», recuerda.

Para Sola, el aumento de la precariedad también tiene que ver la posición de los sindicatos. «Atravesaban una debilidad relativa: a pesar del pulso que CCOO y UGT lanzaron al Gobierno, con tres huelgas generales, sus niveles de afiliación estaban en torno al diez por ciento en los años ochenta. Su poder organizativo era mucho menor que sus homólogos del norte de Europa, que rondaban el setenta por ciento. Todo ello contribuyó a normalizar unos niveles de desempleo inaceptables en un país con una tradición socialdemócrata más arraigada», apunta.

El informe también tuvo importancia porque ayudó a hacer visible una incipiente brecha en la izquierda del PSOE en España. La parte más clásica, que podemos llamar ‘rancia’ o ‘ropjiparda’, lo acogió con máximo interés, señalando que había que volver a atender a los conflictos de los barrios obreros españoles para recuperar la sintonía con sus bases políticas naturales. Otra facción, que se ha venido a llamar ‘posmoderna’, y que desde entonces es la dominante, le quitó importancia para centrarse en las políticas de identidad con impacto internacional, un amplio abanico que abarcaba desde la organización de las comunidades zapatistas en Chiapas hasta el ecologismo, las ONG y los movimientos LGBTQIA+. Petras habla también de una precarización de las relaciones sentimentales, paralelo al de las laborales, que una parte de la izquierda del PSOE –la tradicional– ve como un fracaso y otra facción como un avance social –la parte que está hoy en el gobierno–.

La alargada sombra del informe interesó a personajes públicos tan distintos como Julia Anguita, líder histórico del comunismo español, y al escritor y locutor derechista César Vidal. Anguita llegó a citar el estudio en uno de sus discursos en el Congreso de los Diputados, usándolo como prueba del fracaso socialista para redistribuir la riqueza nacional. En YouTube puede encontrarse todavía un vídeo del político donde, además de la famosa frase «estamos antes la primera generación de españoles que van a vivir peor que sus padres», hay otro mensaje aleccionador. «Petras dijo otra cosa terrible, que es que [los hijos] son una generación criada entre algodones, que no está acostumbrada a la lucha, este es el problema». Entre 1995 y 2025 la única protesta significativa de la izquierda fue el movimiento 15-M, cuya estela no duró ni una década, ya que fue perdiendo fuerza en cuanto sus líderes empezaron a pisar alfombra y tener despachos.

César Vidal, por su parte, dedicó un programa completo de *La Voz* a finales de mayo de 2018 a leer tal cual los párrafos más demoledores del informe, constatando la precisión a la hora de anticipar los males que estaba sufriendo nuestra economía en el siglo XXI. Al final del programa añadía alguna perspectiva propia: «El Partido Socialista estableció una política de esclavitud nacional. España se integraba en la Comunidad Europea, sí, pero a costa de liquidar su industria, en apariencia no competitiva, y de sustituirla por una economía de servicios. Semejante circunstancia tuvo como consecuencia la bajada de los salarios, la precariedad laboral y la unión de la economía nacional a la extranjera», denuncia. «Conociendo estas verdades, los gobiernos sucesivos no han hecho nada para alterar esta situación, que significa la desgracia para millones de españoles». En vez de progreso, tenemos «un espejismo de prosperidad mediante la

creación de puestos de funcionarios», que «solo benefician a un 2% de la población». Para Vidal, desde el felipismo la economía española «se comporta como un alcohólico que encuentra sosiego en su adicción, pero solo está empeorando su mal».

En verano de 2005, cuando se cumplían veinte años del encargo del CSIC, Petras ofreció una conferencia la Casa Lamm de Ciudad de México, inserta dentro de un ciclo sobre el ascenso de la extrema derecha global. Comenzó recordando que tanto Francia como Holanda habían rechazado en referéndums el proyecto de Constitución Europea presentado por Bruselas. Acto seguido, ante un auditorio socialdemócrata y comunista, realizó un ejercicio provocador, que consistía en preguntar si la información que iba a leer a continuación reflejaba una posición de izquierda o de derecha. Entonces comenzó a enumerar: «Salvaguardar el Estado-nación, necesidad de un proteccionismo razonado para luchar contra un capitalismo apátrida que destruye los empleos y la dignidad de los trabajadores franceses y amenaza los muros enteros de nuestra economía, rechazar a la tecnocracia de Bruselas, voluntad de emanciparse de una construcción europea avasallada por Washington, no es por nada que George W. Bush se haya pronunciado a favor del ‘Sí’...».

La reacción de los asistentes fue unánime: «En cuanto terminé de leer el texto citado, la gente -en clara mayoría- gritó que era de izquierda. Ya suponía que esa iba a ser la respuesta, por eso la importancia del ejercicio, pero luego me permití darles la fuente del texto: era una declaración del ultraderechista y neofascista Frente Nacional (de Francia), dirigido por Jean-Marie Le Pen, llamando a votar por el ‘No’. Hubo contrariedad entre el público», recuerda. Este pequeño experimento anticipa muchas de las polémicas que hoy siguen vivas en Occidente, donde los partidos llamados socialpatriotas han recogido gran parte del apoyo de los viejos comunistas que tuvieron relevancia en Europa tras la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial.

